



Dr. Carlos Forrissi

1898 - 1980

A los 82 años de edad, después de 56 años de médico, terminó esta larga y provechosa vida. Trataremos de dar una imagen de la misma en esta breve nota biográfica.

Hijo de inmigrantes italianos, debió realizar enormes sacrificios para poder hacer su carrera universitaria en Montevideo. De su paso por la Facultad de Medicina y de su desempeño como practicante interno del Ministerio de Salud Pública, no podemos dejar de mencionar la influencia de los señores de la vieja escuela uruguaya de cirugía: los Dres. José Iraola, Manuel Albo y Julio Lin y Silva. Este último dejó su semilla en tierra fértil y Forrissi lo recordaría toda la vida como el que le reveló una disciplina que él iría a enaltecer.

Concluida su carrera se estableció en Salto y pasó dificultades en su comienzo, tales que hasta pensó buscar otros caminos. El trabajo era escaso, era la época de los comienzos difíciles. Pero supo perseverar, supo esperar y

poco a poco llegó a hacerse un lugar de trabajo para luego imponerse en el más alto sitio.

Debió trabajar como médico de niños y médico general y luego recién pudo encauzarse en el camino de su vocación.

Este autodidacta es un ejemplo claro de que en ciencia se hace con vocación y honestidad.

Y en esa intensísima actividad quirúrgica que desempeñó hasta 1975 sobre todo en los últimos 40 años, brilló entre los grandes, y es en esa dimensión donde debemos situarlo porque sobresalió sobre todos.

Se lo puede ubicar entre los más altos valores de la cirugía uruguaya: Larghero, Chifflet, Palma.

Los hermanos Finochietto tuvieron su influencia sobre él, pero a su vez lo reconocieron como uno de sus pares y en Salto, en su Servicio, lo visitaron, lo aguilataron y lo admiraron, porque fuera de las grandes ciudades y de los recursos de los equipos, era difícil en-



Fig. 1.— Al final de su vida, con su colega Carlos Bortagaray, el otro gran cirujano salteño, fallecido hace 2 años.

contrar cirujanos que llegaran a la realización de una obra quirúrgica como la de Forrissi.

Contó con un colega y amigo de enorme valor científico y humano, que fue Elías Pascale; la Medicina salteña llegó a su más alta expresión con estos dos paladines.

Todas las especialidades quirúrgicas fueron dominadas por este hombre en su inalcanzable meta de perfección, traía anestesiistas de Montevideo para agotadoras jornadas y así se pudo hacer cirugía de tórax en Salto.

Invitaba al Dr. Caritat, distinguido ortopedista de Montevideo, e hizo una policlínica para secuelas de poliomielitis que asombraba por sus resultados. Hacia neurocirugía, cirugía infantil, urología y ginecotocología en su diario trajinar.

Fue fundador de la Sociedad Médico Quirúrgica de Salto, Jefe de Servicio de Cirugía del Hospital Salto, Miembro de Honor de la Academia de Medicina del Uruguay, Miembro de Honor de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, Miembro Titular de la Sociedad Argentina de Cirugía.

Pero no nos podemos circunscribir sólo a estos títulos porque fue aún mucho más. Poseyó una inteligencia superior, que lo llevó a alcanzar metas muy altas.

La calidad quirúrgica de su trabajo es de tal magnitud, que abarca los tres aspectos de la asistencia: era un penetrante observador del paciente, se sentaba para escucharlo y examinarlo llegando a los más finos diagnósticos clí-

nicos; en el acto operatorio tenía una perfección técnica magistral, operaba despacio y con gran respeto por los tejidos; y por último, seguía el postoperatorio como nadie lo sabía hacer, cuidaba su paciente, pensaba lo que había hecho y los peligros que acechaban.

Cuantas veces recorrió leguas de camino para controlar a un paciente que había operado en el Hospital de Salto. Aquél que se entregaba a él tenía la tranquilidad de su presencia permanente, de su afecto y dedicación total, tenía un gran don de gente, trataba con cariño y amabilidad al enfermo.

Fino disector de los valores humanos, medía a todos los que lo rodeaban con gran precisión y si alguna vez su relación con los colegas se vio empañada, era por su ansia de perfección, en beneficio del enfermo.

Por ser tan exigente consigo mismo, a veces perdía la dimensión de las posibilidades de los que lo rodeaban. No tenía hora ni horarios para el Hospital, que era su casa, su altar, en él dejó lo mejor de su vida.

¡Cuánto debió sufrir el día que dejó de ir al Hospital! Pero a su vez qué fina inteligencia la suya al saber medir sus fuerzas y decir: hasta aquí.

Fue humilde en extremo, huyó siempre de la notoriedad y de los homenajes, no aceptó los honores que merecía.

Y era tímido, y quizás por esta razón no presentó ni publicó los logros de sus brillantes trabajos.

Es que hay cirujanos de vocación para enseñar y otros que tienen vocación asistencial. Forrisi era así.

No enseñaba desde el anfiteatro, lo hacía con el paciente delante o con el bisturí en la mano. Enseñaba en los postoperatorios difíciles, viendo hora a hora, día a día al paciente y anotando lo observado y estampando su autocrítica.

Su vocación merece ser particularmente destacada, amaba profundamente su profesión, tenía fe en ella, toda su vida estudió y aún des-

pués de alejarse del Hospital leía y estudiaba, así lo hizo hasta pocos días antes de su muerte.

Fue el gran amor de su vida, le dedicó 56 años y fue tan inmensa esa dedicación que sacrificó otros aspectos de su vida, en aras de su ideal de perfección.

Le ha llegado su merecido descanso después de tanto trajinar.

Pero deja un ejemplo y recuerdo imborrable para los que quedamos.

RICARDO REVETRIA.